

La dimensión fantasmática de la realidad social: una revisión de la categoría laclausiana de demanda.

Tomás Lüders.

Cita:

Tomás Lüders (2017). *La dimensión fantasmática de la realidad social: una revisión de la categoría laclausiana de demanda. XII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-022/737>

La dimensión fantasmática de la realidad social: una revisión de la categoría laclausiana de demanda

Tomás Lüders (UCES-UNR)

Eje 1 Mesa 38 – Autoridad Simbólica y Hegemonía

“Somos nosotros los que estamos tejidos con la misma tela de los sueños, no sólo los personajes que surgen de la imaginación de Shakespeare”

Terry Eagleton

Este tipo de desplazamiento retroactivo de los acontecimientos "reales" hacia la ficción (el sueño) no es una "transacción", un acto de conformismo ideológico; sólo aparece como tal si sostenemos la oposición ideológica ingenua entre la "dura realidad" y el "*mundo onírico*".

Slavoj Žižek

Desde Freud en adelante sabemos sin embargo que la identificación entre un líder y su grupo es un movimiento tanto ascendente como descendente. La performatividad de un discurso en términos de pertenencia política no es un efecto del decir y lo dicho, sino de cómo algo que acontece entre la enunciación-enunciado y su reconocimiento actúa como *superficie de encuentro* entre el líder y lo proyectado por el grupo. Por eso, que la identidad del grupo no pre-exista la existencia del liderazgo refuerza la importancia de lo simbólico y lo imaginario en la constitución de la realidad¹. Pero al mismo tiempo esta premisa no debe encerrarnos en el viejo supuesto althusseriano que confiere todo el peso performativo a la interpelación ideológica. Como bien han establecido figuras del “campo lacaniano” como Jacques-Alain Miller y desde la izquierda lacaniana autores como Ernesto Laclau y Slavoj Žižek, un líder es un *semblante*, en palabras de Miller “una proyección que reviste una hiancia” (Miller, 2006: 53).

¹ Así como asumimos aquí una concepción materialista de lo simbólico, la afirmación es simétrica: tenemos una concepción simbólica de lo material. Lo simbólico no es entonces ni una mediación, ni un reflejo, ni una negación idealista, sino lo que constituye la realidad. Siguiendo a Žižek (y Althusser) es la forma en es vivido lo material por quienes hacen lo material.

Este trabajo se centra en analizar la teoría del populismo a partir de una lectura productiva de las críticas del autor del *El Sublime Objeto de la Ideología* hacia el de *La Razón Populista*. Aunque Žižek termina cuestionando el valor heurístico que para la política tiene la categoría central del último Laclau, realizaremos en este trabajo un recorrido original del cruce, ya suponemos que es posible recuperara partir del mismo el funcionamiento de la subjetividad lacaniana sin impugnar ni la teoría de la hegemonía ni del populismo

Buscaremos en el cruce las principales pistas para interpretar de qué manera aquello que escapa a la estructura significante sobre la que se monta el sujeto, es decir para interpretar la relación entre el significante y la indomesticable pulsión, es la clave de la politicidad de la subjetividad social.

Sabemos que más allá de la forma en la que lo simbólico ordena estructural y semánticamente lo imaginario del sujeto siempre prevalece un *resto*. Ese resto revela la dimensión negativa de lo Real, esa falta en la estructura que, en una inevitable paradoja, es al mismo tiempo el fundamento de ésta (Marchart, 2009). La “razón” de ser de la estructura es su propio límite: he ahí el lugar de la política entonces, en la imposibilidad de acercar una respuesta única por el sentido de lo social y en la insistencia por obtener una. Entre medio, los conflictos, las polémicas, los agonismos y los antagonismos.

La estructura que pasa *por* el sujeto a través de las diversas cadenas significantes es justamente eso, un intento de respuesta a algo que no tiene respuesta. El sujeto es su producto, pero a su vez la incompletud del sujeto, la persistencia de éste en la búsqueda de una mítica completud, su causa.

Es por ello también que cualquier teoría política que retoma al último Jacques Lacan no puede ser sino una ontología negativa del sujeto y que pase por el sujeto. La de Laclau, diremos, es una ontología política que encuentra sus precarias positivizaciones. No a la manera de síntesis hegelianas, claro está. Sino justamente en intentos precarios, contingentes por cerrar la falta *de* lo Real.

Probablemente el inconveniente de la ontología política laclausiana pase por remitirse a Lacan y a ciertas derivas lacaninas relativizando la importancia de la categoría de sujeto, siendo sustituido como “unidad mínima de análisis” por un “demanda” que emerge al margen de éste. Desde Lacan sin embargo, la demanda es la expresión primera de la falta constitucional del sujeto. Como veremos en este trabajo, es la demanda al con el otro (y la demanda del Otro) de una respuesta que no tiene objeto lo que termina por hacer potencialmente política toda constitución subjetiva. Es además esta no-respuesta que se sigue exigiendo la condición de toda identidad y acción política.

Como podemos sostener siguiendo a Juan Bautista Ritvo: **la enunciación** de la demanda no se reduce al enunciado, porque en última instancia no hay nada que enunciar. Y la aseveración le cabe a la enunciación de una demanda. “Existe algo fundamentalmente desorganizado en toda enunciación, irreductible al enunciado de cualquier discurso”, parafraseando, entre enunciado y reconocimiento en espera, “está el entre-dicho” (Ritvo,2014: 19-28). Es nuestra hipótesis que ese entre-dicho comienza por manifestarse “en

producción” en las *diferencias* (inevitables) entre el sujeto del enunciado y el sujeto de la enunciación², en ese exceso irreductible a la locución, pero también a la fuerza ilocucionaria presupuesta por quien habla³.

En este marco, diremos que, habitualmente, el discurso político que termina siendo eficaz nace mostrándose **subordinado a demandas sociales pre-existentes**, pero para pronto emerger como único garante de una respuesta posible. Y sin embargo, para volver inseparables dichas demandas del liderazgo que las articula es necesario estudiar el funcionamiento supletorio que juega la distancia entre lo explícito y lo presupuesto y su enunciación, las tensiones entre el *sujeto del enunciado* y *sujeto de la enunciación*. De ella es que obtenemos la “significancia” de un discurso, siempre de relación tan difícil con el significado enunciado.

Las demandas y su resto

Ahora bien, evidentemente de lo que estamos hablando aquí no es de las demandas sociales, sino, claro, de las entidades y contenidos desplegados en el discurso a partir de un determinado enunciador para interpelar a los sujetos portadores de las mismas. Claramente necesitamos ir más allá para comprender qué son las demandas emergentes (y disponibles) en determinados contextos.

Nuestro punto de partida debe comenzar recuperando lo teorizado por Jacques Lacan. En la teoría lacaniana, la **demanda** del sujeto se diferencia de su **necesidad**. La necesidad es, claro, un supuesto, aquello que el sujeto se representa como objetivo de su demanda. En palabras de Lacan:

“(…) la necesidad del sujeto es profundamente modificada por el hecho de tener que pasar por la demanda y, en consencuenciaia, por los desfiladeros del significante” (Lacan S XVI, p. 39)

Como bien han recuperado tanto Laclau y Žižek, las demandas carecen de *literalidad* (de objeto pre-determinado), pues aquello que “necesitan” está desde siempre perdido en la red intersubjetiva en la que el

² No debemos confundir a esta última categoría con la del locutor ducrotiano o el enunciador veroniano. Más bien veremos que ésta última categoría utilizada para abordar las operaciones de la enunciación, pero podemos considerarla como una suerte de quiasma entre el enunciado y lo que Lacan llamaba “sujeto de la enunciación”. El psicoanálisis de Lacan va a buscar en la palabra misma del “analizante” los índices de un deseo que busca decirse y que se trasparenta a través del discurso efectivo. Esto supone una distinción entre dos niveles del discurso: el que tiene ante todo un “valor informativo”, el nivel del enunciado, y el que revela, más allá de los enunciados, la presencia de un sujeto y su deseo, que llamaremos sujeto de la enunciación.

³ Retomando palabras de Lacan citadas por el propio Ritvo (2014) en su trabajo sobre la “retórica conjetural”: “el Je no nace de la puntualidad del enunciado actual sino del acto de ser escuchado. La distancia entre lo que se dice y lo se recibe con demora (N de A: el destacado es del original) desde el lugar de la escucha, ese lapso, porque por pequeño que sea, es cualitativamente inconveniente: hay un desfasaje temporal entre oírse y el escucharse desde Otro lugar”.

Esa “distancia operativa” entre el escucharse y escuchar cómo se ha sido escuchado, este desfase entre el enunciado propio y su reconocimiento es, debe ser, la obsesión de todo líder político, independientemente del tipo de lazo que intente trazar con su audiencia. Independientemente de qué tipo de audiencia busque constituirse para sí. Todo líder político buscar reducir ese desfase a nada: de una u otra forma (desde un locus verticalista u horizontalista, rupturista o de consenso) busca la identidad entre producción y reconocimiento. En otras palabras, intenta reducir al mínimo las interpretaciones heterogéneas de su mensaje, que es al mismo tiempo, una interpelación.

sujeto se constituye⁴. La respuesta del otro-Otro “nunca es eso”, y sin embargo no dejamos de reclamarle a él.

En palabras de Slavoj Žižek: la distinción lacaniana entre la necesidad, la demanda y el deseo explica el modo en que un objeto cotidiano destinado a satisfacer alguna de nuestras necesidades “sufrir una especie de transustanciación en tanto es apresado en la dialéctica de la demanda” (Žižek, 1991 [2002]).

Y esto es lo que:

“...termina produciendo nuestro deseo. Cuando demandamos un objeto, su ‘valor de uso’ (el hecho de que sirve para satisfacer alguna de nuestras necesidades) se transforma *eo ipso* en una forma de expresión como ‘valor de cambio’: el objeto en cuestión funciona como índice de una red de relaciones intersubjetivas. Si el otro a quien le formulamos nuestra demanda satisface nuestro deseo atestigua de este modo una cierta actitud respecto de nosotros. El propósito final de nuestra demanda de un objeto no es la satisfacción de la necesidad ligada a él, sino de confirmar la actitud del otro respecto de nosotros”. (op. cit.: 20)

Para el sujeto se trata de ser deseado, es el primer sentido de la fórmula lacaniana, “el deseo es el deseo del otro”, del otro con minúscula, imaginario, del que hacemos un objeto de nuestro deseo. Sin embargo, más allá de la eficacia del encuentro con ese primer otro, debe considerarse que esta dimensión intersubjetiva es algo destinado a reproducirse *ad infinitum* porque el motor Real de la tríada necesidad-demanda-deseo es la pulsión, que a diferencia del instinto no tiene objeto (solo es satisfecho parcialmente por objetos parciales elevados precariamente a la dignidad de “la Cosa”), no tiene respuesta posible de parte del otro imaginario⁵.

Continuando con nuestro razonamiento, en la relación entre la demanda y el otro juega además la ambivalencia del dictum lacaniano sobre el deseo, pues al entrarse en una red intersubjetiva la afirmación termina remitiendo también a la pregunta por el “qué desea el Otro de mí”, el célebre *¿Che vuoi?* ampliamente trabajado por Žižek (1991 [2002]). Es decir, la interrogación que resta tras sentirnos deseados por el Otro (con mayúscula, simbólico) e incluso luego de intentar responder *a su demanda*. Pero sobre esto volveremos más adelante. Antes de adentrarnos en esta complejidad, para retomar el punto inicial, sigamos también a Žižek para entender la naturaleza de la pulsión:

⁴ De lo que se trata aquí cuando hablamos de “objeto perdido” es en realidad de la mítica fusión del niño con la madre, instancia mítica, pues es del orden de lo pre-subjetivo. El sujeto comienza a producirse justamente en las separaciones de esa fusión, no la pre-existe (esas “castraciones” que Lacan detecta antes del complejo de Edipo, de la definitiva entrada a la ley del Padre). El anhelo por volver a “la Cosa”, el *Das Ding* freudiano, sería la base y meta imposible de la pulsión durante toda la vida.

⁵ Observemos en este punto el sentido *relacional* en la definición de las demandas y sus objetos, en el que el “contenido” de los elementos es indiferente (o solo establecido a partir de las relaciones), sin embargo, a diferencia del estructuralismo no estamos dentro de un sistema cerrador. El “anclaje” parcial de un objeto a partir de las relaciones entre sujetos siempre es precario, provisorio por la falta inherente a toda simbolización, su desborde por la pulsión. En este sentido veremos que Ernesto Laclau trabaja la cuestión de límite (la falta constitutiva) en el sistema simbólico y enfatiza el carácter relacional de los elementos que componen un sistema social. Este límite fue directamente definido como “antagonismo” (Laclau y Mouffe 2004 [1985]) luego el antagonismo pasó - en parte debido a las críticas de Žižek- a ser solo una de las formas en la que los agentes sociales viven la dislocación del orden simbólico (2012 [1990]), para finalmente definirse a partir del desarrollo de su teoría del populismo (2004, 2005) el antagonismo como la forma en que se traza un cierre en el orden simbólico diferencial a partir de la exclusión de una diferencia. Sin embargo, a propósito de la cuestión de las demandas, entendidas como elementos diferenciales, veremos que la cuestión de los contenidos “ónticos” sigue en algún punto sosteniéndose a partir de la importancia que Laclau le da la satisfacción de las demandas.

“(…) en su concepción psicoanalítica o, más precisamente, la distinción lacaniana entre el propósito (aim) y su meta (goal). Goal es el destino final, mientras que *aim* es lo que intentamos hacer, es decir, el camino en sí. Lo que dice Lacan es que el propósito real de la pulsión no es su meta (*goal*, la satisfacción plena) sino su propósito (*aim*): el propósito final de la pulsión consiste simplemente en reproducirse como pulsión, volver a su senda circular, continuarla hasta y desde la meta. La fuente real del goce es el movimiento repetitivo en ese circuito cerrado”. (op. cit.: 21)

No está de más recordar que en Lacan al goce debe diferenciarse del placer, del *principio de placer* que para Freud regía a la libido. El goce abarca sobre todo aquello que la pulsión no logra satisfacer con sus objetos parciales, lo que está más allá del principio de placer: en el goce cruza la libido con el tánatos, *la pulsión de muerte*. Por eso el objeto que encarna el excedente del goce (siempre desbordando la tríada necesidad-demanda-deseo) es “horroroso”: cuanto más luchamos contra él, más crece su poder sobre nosotros. Por eso también suele encarnarse en aquello que conscientemente despreciamos u odiamos.

La *cosa en sí* que lo encarnaría no existe, y esta es justamente la fuente de las ilusiones fantasmáticas, esas representaciones compulsivas ligadas a llenar *après-coup* a la falta. Es la *escena fantasmática* lo único que les confiere una existencia positiva, que siempre es contingente, es decir, no están dadas naturalmente (consecutivamente) ni causativamente⁶. Esto es lo que lleva a Žižek a trabajar más adelante en el mismo texto citado que “(…) la realización del deseo no consiste en ser satisfecho plenamente, sino que coincide con la reproducción del deseo como tal, con su movimiento circular”. En otras palabras “realizar el deseo” es reproducir su falta constitutiva interminablemente, como en el mito de Sísifo. **El fantasma entonces no es un semblante del objeto-causa-del-deseo, el objeto a, sino la pantalla que “nos enseña a desear” y a reproducir nuestro deseo como falta. En palabras de otro autor ya citado:**

“La repetición es de alguna manera la forma desarrollada del fantasma, en el mismo sentido en que el fantasma es la forma concentrada de la repetición. La repetición merece llamarse síntoma, pues nos presenta, en efecto, una repetición de goce” (Miller, 2000: 169)

Comprendiendo esta repetida insatisfacción subyacente en todo este movimiento, nos vamos acercando a entender la falta estructural que hace que, al menos tendencialmente, toda subjetividad sea política. En otras palabras, no hay entonces demanda que no implique un conflicto –notemos por otra parte cómo esa inevitable “politicidad” de nuestras demandas suele ser el argumento desde el que por otra parte son deslegitimadas ciertas demandas que no ~~buscán dar respuesta~~ a una “objetiva necesidad”–. En este punto no dudaremos en afirmar que quien mejor ha estudiado esta dinámica política de las demandas es Ernesto

⁶ Imagen coagulada, modo de defensa contra las castraciones, el fantasma es inscrito por Lacan (en diferencia fundamental con la perspectiva kleiniana, que lo remite solo al registro imaginario) en el marco de una estructura significante, de modo que no se lo podría reducir al registro de lo imaginario (el campo del otro con minúscula, primer sujeto de la demanda). Al mismo tiempo, y remitiendo a su rol ontológico, más allá de la diversidad de los fantasmas de cada sujeto, Lacan postula la existencia del fantasma fundamental, estructural. Desde la primera formulación del grafo del deseo, en 1957, Lacan elaboró un matema de lo que él llama la lógica del fantasma. Se trata de dar cuenta de la sujeción originaria del sujeto al Otro, relación que traduce una pregunta imposible de responder: ¿Qué quieres? (¿Che vuoi?). El matema $\$$ *oa* expresa la relación genérica, de forma variable pero nunca simétrica, entre el sujeto del inconsciente, sujeto barrado, dividido por el significante que lo constituye, y el *objeto a*, objeto inaprehensible del deseo que remite a una falta, a un vacío ya no solo en el sujeto, sino también en el Otro. En su seminario de los años 1966-1967, Lacan desarrollará esta lógica del fantasma, expresión última de la lógica del deseo.

Laclau (los avances de Žižek en este sentido han sido siempre –aún en los cuestionamientos– tributarios de lo desarrollado por el autor argentino). Aun así, entendemos que si Laclau nos sitúa mejor frente a la dinámica de la demanda *en cuanto* política, no podemos dejar de remitirnos a Žižek para articular el *porqué* de esta dinámica. Como veremos, el argentino expresa mejor esa tensión entre una demanda particular y la falta estructural, pero es Žižek quien explica la dimensión fantasmática subyacente, es **decir, la relación de la demanda con el goce, el deseo y su fantasmática**. Nuestro enfoque necesita entonces de los aportes de ambos, y para ello recuperaremos algunas de las críticas del autor esloveno sobre lo postulado por el argentino.

Del engaño ideológico a la lógica del fantasma

Decíamos al comienzo que Ernesto Laclau, descartando el “individuo” como unidad de análisis, afirmaba que la demanda es la “unidad más pequeña” por la cual comenzar a estudiar la dinámica de lo social, (cfr. 1985 [2004], 2004, 2005, 2006, et. alt.), y la categoría, destacaba, debe entenderse conservando la ambigüedad que el término tiene en inglés (el idioma en el que teorizaba el autor argentino): “en inglés el término *demand* es ambiguo: puede significar una petición, pero también puede significar tener un reclamo (...). Sin embargo, esta ambigüedad en el significado es útil para nuestros propósitos, ya que es la transición de la petición al reclamo donde vamos a hallar uno de los primeros rasgos definitorios del populismo (Laclau, 2005, p: 98) (N. de A., que como repasaremos brevemente pronto, a esa altura de su trabajo “el populismo” debe ser comprendido como la base ontológica detrás de todo fenómeno político)” Entendemos que aunque se evite hablar de sujeto, se reclama una teoría del sujeto que, claro, no es la del sujeto como fuente del sentido sobre sí mismo.

A partir de este punto entonces podemos señalar que aunque en la obra de Laclau tampoco la categoría deseo (o mejor dicho, la tríada necesidad-demanda-deseo) es central, al hacer surgir la categoría de “demanda” vertebrada con conceptos centrales de Lacan convoca todo el tiempo a eso que permanece elidido en la obra laclausiana: la dimensión *intersubjetiva* y la noción de falta incluida en ésta. De hecho, es esto lo que para Laclau otorga radicalidad a la política en su *acto* constituyente de lo social, y lo que permite las articulaciones equivalenciales entre demandas heterogéneas entre sí: según el autor, las equivalencias de sentido entre demandas particulares se producen justamente porque ninguna puede ser plenamente satisfecha en el marco del orden. Según sostenía el pensador argentino en su última gran obra sistemática, *La Razón Populista* (2005), la articulación de “demandas democráticas” en cadenas populares deriva justamente de la búsqueda de una “plenitud ausente” que está detrás de cada demanda; independientemente de su diferencia “óptica”, en el contenido, estructuralmente todas responden a la búsqueda imposible de la *Cosa en sí* (el *objeto a lacaniano*)⁷.

⁷ Como explica el autor: “La totalidad mítica, la diada madre/hijo, corresponde a la plenitud no alcanzada, evocada –como su opuesto– por las dislocaciones ocasionadas por las demandas insatisfechas. Las aspiraciones a esa plenitud o totalidad, sin embargo,

Es cierto, Laclau no termina de dilucidar cabalmente la relación entre la frustración concreta (aunque sea imaginaria) del objeto “manifiesto” de la demanda y la imposibilidad de obtener una respuesta satisfactoria aun cuando ésta es respondida (algo que sí explica Žižek cuando, parafraseando a Lacan nos dice “esto no es⁸”). Para Laclau,

“la frustración de una serie de demandas sociales hace posible el pasaje de las demandas democráticas aisladas a las demandas populares equivalenciales. Una primera dimensión de la fractura que, en su raíz, se da en la experiencia de una falta, una brecha que ha surgido en la continuidad armoniosa de lo social. Hay una plenitud de la comunidad que está ausente. Esto es decisivo: la construcción del ‘pueblo’ va a ser el intento de dar un nombre a esa plenitud ausente. Sin esta ruptura inicial de algo en el orden social –por más pequeña que esa ruptura haya sido inicialmente–, no hay posibilidad de antagonismo, de frontera o, en última instancia, de ‘pueblo’” (2005, p: 91.).

Pueblo que recordemos, según la teoría del populismo del autor, es una identidad parcial que se reclama como “todo legítimo” y que se forja a partir de su articulación bajo un significante central desde el que se traza una frontera interna (se establece el antagonismo), esa demanda particular que se vacía parcialmente para representar retroactiva y performativamente al conjunto al nominar un obstáculo común. Es la demanda que el autor llama “significante vacío”.

Más adelante en *La Razón Populista* (de ahora en más *LRP*), Laclau dirá: “un campo antagónico es enteramente representado como el inverso negativo de una identidad popular que no existiría sin esa referencia negativa” (2005, p: 175). Esta noción de identidad constituida retrospectivamente a partir de un “exterior constitutivo” es una noción que ya desarrollara junto a Chantal Mouffe y reconocida por ambos como inicialmente esbozada por Jacques Derrida en su cuestionamiento a la “metafísica de la presencia”. Como sintetiza Paula Biglieri sobre la constitución del antagonismo en la teoría del populismo, “las cadenas de equivalencias se articulan, no porque sus particularidades tengan un objetivo en común pues los elementos implicados se definen negativamente como diferencias. Sus intereses particulares son de lo más diversos, sin embargo sus reivindicaciones son equivalentes entre sí respecto de un elemento excluido” (Biglieri, 2008).

no desaparece simplemente, sino que es transferida a objetos parciales que son los objetos de las pulsiones. En términos políticos esto es lo que hemos denominado una relación hegemónica: una cierta particularidad que asume el rol de una universalidad imposible [...] El afecto (es decir, el goce) constituye la esencia misma de la investidura, mientras que su carácter contingente da cuenta del componente ‘radical’ de la fórmula. [...] El único horizonte totalizador posible está dado por una parcialidad (la fuerza hegemónica) que asume la representación de una totalidad mítica. En términos lacanianos: un objeto es elevado a la dignidad de la Cosa. (...)” (2005: p. 146-149).

⁸ “Cuando encontramos en la realidad un objeto que tiene todas las propiedades del objeto fantaseado del deseo, necesariamente quedamos a pesar de todo algo decepcionados; tenemos la vivencia de un cierto ‘esto no es’; llega a ser evidente que el objeto real finalmente encontrado no es la referencia del deseo aun cuando posee todas las propiedades requeridas” (Žižek, 1990: p. 131).

Según Laclau el significante vacío es una demanda entre otras “elevada a la posición de la Cosa” (2005, 149). Como sostenía el autor, el concepto es identificable con la categoría lacaniana de *point de capiton*, punto de acolchado –categoría profundizada sobre todo por Jacques-Alain Miller y que a su vez remite al Significante Amo (SA) –, es decir el significante que otorga retroactivamente sentido a una cadena dispersa de significantes-demandas dispersas (una *metáfora* común que ocupa el lugar de una literalidad inexistente y que hace de los significantes encadenados sus *metonimias*). Si bien Laclau soslaya en *La Razón Populista* la referencia central al SA, no pierde de vista la incorporación del concepto de *objeto a*, el objeto parcial que es investido como la Cosa y opera detrás del SA. Entendemos que esto es así porque no hay emergencia del goce sin un semblante significante que lo positive.

Para Žižek, en una acción que llamaría, muy barthesianamente, “connotativa”, el *significante central laclausiano* otorgaba a cada demanda individual un sentido que va más allá de esa “necesidad” particular explícita (Žižek, 1990)⁹. Es esta equivalencia bajo un significante particular que Laclau entiende como una relación hegemónica: “una relación hegemónica es aquella en la cual una determinada particularidad significa una universalidad inalcanzable” (Laclau, 2005: 122). Citando a Lacan, Laclau hablará entonces de esta “elevación de un objeto ordinario a la dignidad de la Cosa”. Claro, nos marca a su vez lo incompleto de esta totalización, la totalidad es siempre de *un horizonte a alcanzar*, no una realidad efectiva. En Laclau el pueblo es siempre un “todo legítimo”, es decir, un no-todo que reclama al Poder reconocido como el todo (una “plebs” que demanda ser el “populus”). Como volveremos a marcar, ese *resto* generador de insatisfacción no se sutura, pero a su vez es lo que da rigidez interior a la cadena (controla su “flotabilidad”) y radicalidad hacia afuera a partir de la nominación del antagonismo.

En este punto es que nosotros podemos afirmar que el significante vacío tiene una *doble cara*, la de trazar el horizonte (imposible) de respuesta y nominar al responsable de que esa respuesta se difiera. Es el elemento interno que a su vez *incluye* en su interior el límite de lo que expulsa.

Podemos realizar esta afirmación, porque desde el mismo Laclau:

“La falta, como hemos visto, está vinculada a una demanda no satisfecha. Pero esto implica introducir en el cuadro la instancia que no ha satisfecho la demanda. Una demanda está siempre dirigida a *alguien*. Por lo cual nos enfrentamos desde el comienzo con una división dicotómica entre demandas sociales insatisfechas, por un lado, y un poder insensible a ellas, por otro lado” (N de A: el destacado es nuestro).

Lo que permanece elusivo en Laclau es el estatuto de este objeto, de este “alguien”. El movimiento de Laclau hacia el posmarxismo, nos dejó sin las garantías de contradicciones fundadas en determinantes *a-priori*. Considerando además que para el autor “el discurso es el terreno de constitución de la objetividad social”, estamos sin embargo frente a un mayor grado de dificultad para explicar cómo se producen efectivamente los antagonismos.

⁹ Utilizamos aquí la expresión “significante central” porque a la publicación de este texto en que Žižek (1990) trabaja la conformación de las cadenas equivalenciales, Laclau –que por otra parte prologaba el libro donde aparecía el artículo– aún no lo denominaba “significante vacío”.

Solo para ofrecer algunas coordenadas recuperaremos algunos elementos considerados centrales del debate Laclau-Žižek, señalamos que en el primer texto posmarxista y posfundacional del autor (escrito junto a Mouffe), *Hegemonía y Estrategia Socialista* (2004 [1985]), a partir de ahora HyES, se sostenía:

(...) estrictamente hablando, los antagonismos no son interiores sino exteriores a la sociedad; o mejor dicho, ellos establecen los límites de la sociedad, la imposibilidad de esta última de constituirse plenamente (...) el antagonismo como negación de un cierto orden es, simplemente el límite de dicho orden” (1985 [2004], pp. 169-170).

Más allá de esto, en HyES, el antagonismo es lo que frustra una demanda particular –recordemos, asimilable en dicha obra, la demanda es asimilable a la “posición de sujeto” foucaultiana¹⁰– y que luego era constituido en antagonismo común para y por un conjunto de demandas que se “equivalenciaban” en confrontación con éste (por ejemplo, la lucha socialista anti-capitalista puede sobredeterminar demandas feministas, ecologistas, meros reclamos salariales, etc.). Más allá de los importantes avances posteriores, particularmente los efectuados en la publicación de LRP (por ejemplo, la identificación de esa demanda-significante con el concepto de *objeto a* lacaniano y el desplazamiento de la “posición de sujeto” por el acto indecible), la cuestión se mantuvo abierta en las últimas obras de Laclau¹¹.

Siguiendo las críticas de Žižek (1991[2000]) a HyES (las más importantes para nosotros en el punto que queremos establecer), las dificultades para explicar el estatuto del antagonismo pueden explicarse remitiéndonos a la cuestión de la polaridad individuo y sujeto en la obra Laclau. Recordemos que para Laclau “los individuos no son totalidades coherentes sino meramente identidades referenciales que deben ser divididos en una serie de posiciones subjetivas localizadas. Y la articulación entre estas posiciones es una cuestión social y no individual”¹². Por ello para el autor, la “demanda pasa a ser la unidad mínima de análisis”.

Sin embargo, como planteaba S. Žižek sobre la cuestión del sujeto en la obra Laclau, el problema es justamente que el abandono de la categoría de sujeto y su reemplazo por el de posición subjetiva foucaultina (que, como dijimos, Laclau asimilaba entonces con Mouffe a su categoría demanda), al proyectarse en una concepción equivocada del concepto por asociarlo con la “entidad sustancial y esencial, dada de antemano” que es el mito del individuo.

Es sabido que el concepto de sujeto en Lacan ya incluía la crítica al concepto de individuo, para quien éste es constituido *après-coup*, es la “intención mítica” a partir de la que el sujeto se piensa causa de sí mismo (elemento que Lacan localizaba como la Δ del Grafo I). Desde este punto Žižek elaborará una crítica sobre

¹⁰ Era un antagonismo efectivo, que frustraba la demanda-posición de sujeto, propio de uno de los múltiples puntos de desequilibrio del capitalismo, que ya no tenían como “contradicción principal” a la lucha de clases.

¹¹ Entre la publicación de HyES y LRP, en *Nuevas Reflexiones sobre la Revolución de Nuestro Tiempo* ([1990] 1993), los antagonismos pasarán a ser *solo una de las formas posibles* en que “son vividas” las (múltiples) dislocaciones sociales, nos encontramos frente a un acontecimiento discursivo en el que deja de constarnos el estatuto que los elementos previamente a la lucha entre lo que pasa a ser un antagonismo y una demanda particular.

¹² La cita está tomada de “Populismo: ¿qué nos dice el nombre? (2004: P. 54), sintetiza sin embargo una postura que el autor mantuvo, al menos, a partir de la publicación de HyES.

Laclau que es extrapolable en sus puntos más importantes hacia las últimas teorizaciones del autor, que mantiene a la “demanda” como unidad mínima de análisis, y no al sujeto.

Para Žižek, perder de vista la importancia del sujeto como sujeto de la falta, obligaba al autor y Mouffe a encerrarse como punto de partida para la lucha hegemónica en un concepto de demanda, que es asimilable, decíamos, a la posición de sujeto foucaultiana, y que, recuerda el esloveno, a su modo de ver remite a la interpelación ideológica althusseriana. Por ende, tomar como punto de partida para la lucha contra-hegemónica a la demanda, **implica partir del engaño de la interpelación**, en la que sujeto se asume justamente como individuo ajeno de a la dialéctica intersubjetiva de su deseo (vale recordar en este punto además que *Política e ideología en la teoría marxista* (1978 [1986]), el texto althusseriano de Laclau, las “interpelaciones nacionales y populares” adquirirían para Laclau un sentido contra-hegemónico, es decir, se trataba del acto interpelatorio “ideológico”, pero con sentido político inverso). Esto, para Žižek, implicaba entonces encerrarse en una concepción ideológica del propio antagonista.

Según el autor de *El Sublime Objeto de la Ideología*, su par argentino perdía de vista el *excedente metafórico* que constituye la identidad de un sujeto en su demanda (es decir, la demanda como expresión de una falta que no tiene respuesta en la particularidad que expresa). Como decíamos, si bien la cuestión es luego referida en el posterior desarrollo de la teoría del populismo (textos en los que la categoría de posición de sujeto foucaultiana pierde peso frente al *acto indecible* detrás de cada articulación (el tema es amplia y minuciosamente tratado por Gerardo Aboy-Carlés, [cfr. 2001]), aun así se mantiene la demanda *qua* demanda como punto de partida de lucha contra-hegemónica, y no resuelve completamente el estatuto del rol de ese “alguien” antagonista al producirse el momento equivalencial. Más allá de que el autor reconozca entonces, a partir de su teoría del populismo, el rol “excedente metafórico” para la constitución de las cadenas, el autor deja que se confunda lo “performativamente nominado” desde un significante central con lo efectivamente realizado por los agentes que frustran las demandas como parte de la lucha emancipatoria¹³. En otras palabras, los sujetos seguirían encerrados en la “ilusión ideológica” aún dentro de su lucha, proyectando como horizonte último la búsqueda de una “plena identidad”:

¹³ No estamos con esto intentando desplegar una crítica desde un posicionamiento “realista ingenuo”, no tratamos de contraponer lo empírico “sin simbolizar” a lo simbólico. Asumimos siguiendo a Lacan (y a los autores que estamos abordando) que lo simbólico es constitutivo de la realidad. Hacemos nuestra la afirmación de que la “objetividad de lo social” está simbólicamente constituida. Tampoco tratamos de buscar determinantes *a-priori* de los antagonismos, se trata simplemente de no perder de vista el hecho de que, más allá de cómo ciertos agentes estructuren –en un acto indecible– sus posicionamientos, no debe perderse de vista que la “autonegatividad” del sujeto y el hecho de que suele proyectarla ilusoriamente sobre enemigos contruidos (y ahí están las referencias de Žižek –¡pero también de Laclau!– al fascismo, el racismo y los consensos neoliberales contra los desprotegidos). En palabras de Žižek (2006): “a thing to be added is the way the populist discourse displaces the antagonism and constructs the enemy: in populism, the enemy is externalized/reified into a positive ontological entity (even if this entity is spectral), whose annihilation would restore balance and justice; symmetrically, our own - the populist political agent's - identity is also perceived as pre-existing the enemy's onslaught (...) In other words, for a populist, the cause of the troubles is ultimately never the system as such, but the intruder who corrupted it (financial manipulators, not capitalists as such, etc.); not a fatal flaw inscribed into the structure as such, but an element that doesn't play its role within the structure properly.”

“(…) de lo que se trata es del hecho de que la negatividad del otro que me impide alcanzar la plena identidad conmigo mismo es solo una externalización de mi autonegatividad, de mi autoobstaculización respecto de mí mismo” (op. cit.:172).

Para Žižek, el uso que Laclau hacía de la categoría de demanda suponía seguir manteniendo vigente “la interpelación ideológica” althusseriana, más allá del gramscismo subyacente en el texto criticado¹⁴ (y, nos atrevemos a agregar nosotros, solo que invirtiendo su sentido político de función del poder a función contra-poder), tema que para el esloveno no se soluciona, más bien se insiste en ello a partir de la teoría del populismo (Žižek, 2006, cfr. Nota al Pie 17). Para el pensador esloveno, al asumir en algún punto el *engaño ideológico* de la demanda como *verdadero* en la lucha emancipatoria se pasa por alto “la radical dimensión del antagonismo social, es decir, el núcleo traumático cuya simbolización siempre fracasa (...) y que excede a las demandas particulares”:

“Esta es precisamente (...) la noción lacaniana del sujeto como ‘lugar vacío de la estructura’ que describe al sujeto en su confrontación con el antagonismo, el sujeto que no oculta la dimensión del antagonismo social” (Žižek, 1991 [2000]).

Para citar algunos ejemplos clarificadores del autor esloveno:

Respecto a la lucha de clases y la lucha feminista respectivamente: “¿Dónde está la ilusión ideológica propia de la posición de sujeto? Ella reside precisamente en el hecho de que es el ‘capitalista’ este enemigo externo, el que impide consumir mi identidad conmigo mismo” como obrero o como mujer, “la ilusión consiste en suponer que después de la aniquilación final del enemigo antagónico” capitalista o masculino, se habrá abolido de una vez por todas la falta o el vacío esencial del sujeto, es decir, el “verdadero” antagonismo social, que es el núcleo traumático que no puede ser simbolizado ideológicamente. Y la misma crítica cabía dentro de la articulación de demandas, es decir, cuando dentro del esquema de la democracia radical – entonces el proyecto político detrás de la obra del argentino–, un significante asumía provisoriamente la representación del todo para forjar las ya mencionadas cadenas equivalenciales (así por ejemplo, si la demanda que actúa como articuladora es la lucha socialista anticapitalista, derrotada la burguesía implicaría el fin de la opresión patriarcal, la catástrofe ecológica, el racismo, etc.).

Recapitulando, para Žižek la posición de Laclau implicaba asumir como emancipatoria una posición política en la que los agentes deben vivir como cierta la “ilusión ideológica” que sostiene que tras la eliminación del enemigo externo se resolvería la contradicción que les permite alcanzar su plenitud como sujetos –reiterando textuales palabras, la que “me impide consumir mi identidad conmigo mismo”–.

¹⁴ Como sostenía Žižek en un texto posterior refiriéndose ya a los primeros trabajos de la categoría laclausiana de *significante vacío* –previa al desarrollo que hiciera luego el argentino de su teoría del populismo–: “la tarea de la teoría consiste (...) en demostrar que toda identificación hegemónica es intrínsecamente inestable, resultado contingente de una lucha (...) para Laclau, toda operación hegemónica es en última instancia ideológica” siendo a su vez que el “gesto de subjetivación” con el que se responde “establece una (nueva) hegemonía, y es como tal el gesto elemental de la ideología”. (Žižek, 2007 [2001])

Sintetizando, para este pensador, estos antagonismos ideológicos así establecidos **no deberían ocultar que la identidad plena es imposible antes del establecimiento de un antagonismo particular: “la identidad, librada así misma, está ya bloqueada, marcada por una imposibilidad, y el enemigo externo es simplemente la pequeña pieza, el resto de la realidad sobre el que ‘proyectamos’ o ‘externalizamos’ esta intrínseca imposibilidad”**¹⁵. Y más adelante, y más allá de las reconsideraciones de Laclau, tras la publicación de *LRP*, -en donde la “satisfacción” de todas las demandas en una sociedad reconciliada completamente es además proyectada hacia un horizonte (inalcanzable), decíamos, Žižek (2006) volverá profundizar sus críticas sobre Laclau al seguir manteniendo éste como “horizonte último de la política” la postulación de una equivalencia a partir de la lucha contra un antagonismo particular “dignificado” como *El antagonismo* desde las demandas. Más radical, para Žižek lo emancipatorio es la operación de “identificar la universalidad con el punto de exclusión” del capitalismo actual, aquello que, citando a Rancière, identifica como los “sujetos supernumerarios”. El esloveno, el populismo de Laclau lleva a no criticar el “sistema como tal”, sino un “elemento corrupto” dentro de él.

Entendemos que de **lo que se trata es de comprender el rol articulador que la dimensión fantasmática de los sujetos suele jugar en la constitución de las identidades políticas**¹⁶. Se trata de entender cómo fantasmas particulares pueden acoplarse a partir del discurso (y su suplementario fantasma) que actúa como significante central o vacío. En este punto entonces las críticas que Žižek hace a Laclau nos sirven para comprender un aspecto centralmente constitutivo en la explicación de éste último sobre la constitución de las identidades políticas: se trata de encontrar un semblante como obstáculo en el marco de la **fantasmática** de los sujetos. Entendemos que los cuestionamientos que el esloveno hacía sobre los trabajos de éste, si bien pueden poner en cuestión la validez de su teoría en el plano deontológico y programático radical, en el plano del debe-ser, terminan por complementar lo que Laclau explica sobre el plano ontológico de la política (o al menos, más modestamente, sobre lo que suele suceder en el plano de las identidades políticas).

Sin dudas uno de los factores que resultan fundamentales de la teoría de Laclau remite al movimiento que se produce a partir de que un significante homogeneiza bajo su nombre demandas heterogéneas. Sostiene Laclau en *LRP*, se trata de un significante que aparece “originalmente subordinado” a las demandas y que luego “...reacciona sobre ellas y, mediante una inversión de la relación, comienza a comportarse como su fundamento”. (2005: p. 122). Para Laclau, “en tanto nombra una plenitud indiferenciada no tiene ningún contenido conceptual en absoluto: no constituye un término abstracto sino, en el sentido más estricto, vacío” (op. cit.: p.135). Y, en palabras del propio Žižek: “lo que no debemos pasar por alto es que esa unidad es

¹⁵ En un sentido similar se explaya Miller al asumir la noción religiosa de “interdicción” del deseo. Asumimos que es la represión externa de la religión, y luego su internalización en la instancia del súper - yo la que no nos permite concretar nuestro deseo, el encuentro con el objeto que nos completa, cuando en realidad las figuras interdictoras son solo un “semblante” una proyección de una identidad constitutiva. (Miller, 2006: p.52)

¹⁶ Siguiendo a Jorge Alemán respecto a la temática del fantasma, diremos que si el lugar vacío es constitutivo del sujeto “está destinado a ser colmado por aquellos significantes que lo representan, lo identifican, o lo fijan a determinados ideales o mandatos, según las distintas operaciones. A su vez, ese sujeto sin sustancia, vacío en su esencia, es también convocado a imaginar una posible ‘completud’ a través de distintas estrategias fantasmáticas que tienen como propósito más determinante velar ese vacío estructural. No obstante, el sujeto del que estamos hablando aquí, el sujeto lacaniano, es inconcebible sin su relación al Otro que lo precede lógicamente”. (Alemán, 2012: p.13)

siempre radicalmente contingente, el resultado de una condensación simbólica, y no la expresión de algún tipo de necesidad interna que reunificaría objetivamente las posiciones” (1991 [2000]). En este punto entonces lo importante para nosotros no radica en comprender el horizonte emancipatorio, ni la legitimidad de esas demandas, sino *cómo son vividas esas relaciones*, qué procesos identitarios generan en los sujetos que expresan las demandas. En palabras de Dardo Scavino:

“Los sujetos son fatalmente adictos a alguna narración o dependientes de algún mito [...] La relación de las ficciones con la realidad no es referencial sino performativa” (Scavino. 2010: p. 119).

A las “ficciones”, al rol de los significantes vacíos debe investigárselos en función de cómo constituyen discursivamente la realidad de los sujetos sobre su falta, cómo articulan su deseo sobre una completud imposible.

Recapitulando, para Laclau en *LRP*, la articulación no es entonces la manifestación de un proceso pre-determinado sino “una investidura radical cuyos pasos no son conexiones lógico-conceptuales, sino atributo-performativas” (2005: p. 126). No hay un rasgo positivo que actúe como “término medio común a todas demandas” (es una parcialidad elevada a la dignidad de la Cosa por el goce lo que da “el único horizonte totalizador” posible en un espacio dislocado [p.149]). En otras palabras:

“No existe ningún elemento social cuyo sentido no esté sobredeterminado. Como resultado, ese sentido no puede ser entendido conceptualmente, si por ‘conceptual’ entendemos un significado que eliminaría totalmente la opacidad del proceso de significación. Este nos muestra nuevamente que los mecanismos retóricos, como hemos afirmado desde el comienzo, constituyen la anatomía del mundo social” (2005: p.124).

El acto nominativo es radicalmente contingente para Laclau, **aunque, agregaremos nosotros, su relato lo vuelve retroactivamente necesario, fundamento de lo que no tiene fundamento**. En palabras de Gerardo Aboy-Carlés (2001), “lo que establece el autor [Laclau] al introducir la noción de significante vacío es que una identidad dada puede vaciarse de contenido, sostener su continuidad como pura nominación y mediante una operación hegemónica operar el cierre del espacio comunitario”.

En este sentido diremos que toda identidad política siempre está en *exceso* sobre el contenido manifiesto de las demandas, a pesar de su vaciamiento –que, veremos, nunca es completo–. Busca sin embargo legitimarse explícitamente a partir de ellas¹⁷, pero su *efectividad* no está en los resultados

¹⁷Para Laclau ,el particularismo de las demandas y el significante que actúa como su fundamento, dándole un sentido totalizador *après-coup*, no se elimina, “las identidades populares constituyen siempre puntos de tensión/negociación entre universalidad y particularidad” –recordemos, se trata de una “universalidad fallida”, proyectada en el horizonte.

concretos, porque lo que ofrece es un semblante (repetiendo las palabras de Miller, “una proyección que reviste una hiancia” [2006: p. 52]) que baliza el camino hacia el ilusorio y siempre diferido horizonte de completud fantasmático. Aunque no se trata de representar-responder los “contenidos ónticos”, de buscar un significante que represente conceptualmente al todo, sino de un lazo grupal que se forja a partir de lo que es una contingente fijación de lo que excede a cada demanda, toda articulación necesita sostener en el orden de lo que desde la socio-semiótica se ha llamado “efecto ideológico”, un efecto:

“según el cual un discurso verdadero mantiene una relación frontal con su objeto, relación que es la única posible. El efecto ideológico se constituye por desconocimiento de la red interdiscursiva y se alimenta de la ilusión del sujeto como fuente del sentido”. (Verón,1987: p. 132).

No en vano Laclau sostiene que lo discursivo (las disputas por la hegemonía del sentido que se dan en su interior) son el “terreno primario de la constitución de la objetividad” (2005, p: 92)¹⁸. Al mismo tiempo sin embargo ya vimos cómo esta relación directa entre un discurso (una demanda representada discursivamente) y su objeto es imposible, pues el objeto a representar *nunca es eso*.

BIBLIOGRAFÍA

- ABOY CARLÉS, Gerardo., 2001, “Introducción”, en Aboy Carlés, G. *Las dos fronteras de la democracia argentina: la redefinición de las identidades políticas de Alfonsín a Menem* Rosario: Homo Sapiens
- BIGLIERI, Paula, 2008, “El concepto de populismo. Un marco teórico” en Paula Biglieri y Gabriela Perelló (comps.), *En el nombre del pueblo: La emergencia del populismo kirchnerista*, Buenos Aires: UNSAM
- VERÓN, Eliseo, 1987a *La Semiosis Social: fragmentos de una teoría de la discursividad*, Barcelona: Gedisa
- LACLAU, Ernesto. y MOUFFE, Chantal, 1987 (2004). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno,
- LACLAU, Ernesto, 1978 “Hacia una teoría del populismo” en *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Madrid: Siglo XXI:
- LACLAU, Ernesto, 1993, *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*
_____, 1996, Why do empty signifiers matter to politics en
Ernesto Laclau, *Emancipation(s)*, Londres: Verso
- Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo, Buenos Aires: Nueva Visión
- LACLAU, Ernesto, 2005, *La Razón populista*, Buenos Aires: FCE
- _____, 2006, “La deriva populista y la centroizquierda latinoamericana” en *Nueva Sociedad*, ISSN 0251-3552, N° 205, 2006, págs. 56-61
- _____, 2009, “Populismo: ¿qué nos dice el nombre? en

¹⁸ “(...) Por discurso no entendemos algo esencialmente restringido a las áreas del habla y la escritura, como hemos aclarado varias veces, sino un complejo de elementos en el cual las *relaciones* juegan un rol constitutivo. Esto significa que esos elementos no son preexistentes al complejo relacional, sino que se constituyen a través de él. Por lo tanto “relación” y “objetividad” son sinónimos”. (Laclau, 2005: 92)

Panizza, F. (comp.) *El populismo como espejo de la democracia*, Buenos Aires: FCE

MILLER, Jacques-Alain, 2000, *El Lenguaje, aparato del goce. Conferencia en Nueva York y cursos en París*, Buenos Aires: Colección Diva

MILLER, Jacques-Alain, 2006, “Religión y Psicoanálisis”, en Diana Chorne y Mario Goldenberg *La creencia y el psicoanálisis*, Buenos Aires: FCE

MARCHART, Oliver, 2009, *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*

RITVO, Juan Bautista, 2014, *La retórica conjetural del sujeto o el nacimiento del sujeto* Buenos Aires: Nube Negra

SCAVINO, Dardo, 2010, *Narraciones de la independencia. Arqueología de un fervor contradictorio*, Buenos Aires: Eterna Cadencia

ŽIŽEK, Slavoj, 2000, “Más allá del análisis del discurso”, en Benjamin Arditi (ed), *El reverso de la diferencia. Identidad y política*. Nueva Sociedad, Caracas: pp.169-179

ŽIŽEK, Slavoj, 2002 (2000), *Mirando al sesgo: una introducción a Jacques Lacan a través de la cultura popular*, Buenos Aires: Paidós

ŽIŽEK, Slavoj, 2003, *Ideología. Un mapa de la cuestión*, FCE, Buenos _____, 2006, “Against the populist temptation” en *Critical Inquiry*, Vol. 33, N°3, Chicago: Chicago University Press

ŽIŽEK, Slavoj, 2007 (2001) *El espinoso sujeto. El centro ausente de la ontología política*, _____, 2012 (1990), *El sublime objeto de la ideología*, Siglo XXI, Buenos Aires Paidós,

ŽIŽEK, Slavoj, 2009, en Slavoj Zizek y John Milbank (comps) “The Fear of Four Words: A Modest Plea for the Hegelian Reading of Christianity” en *The Monstrosity of Christ. Paradox or Dialectic?* Boston: MIT press